

CATECISMO DE LA IGLESIA CATOLICA

MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

PUNTOS 2675

2675 A partir de esta cooperación singular de María a la acción del Espíritu Santo,...

Nos detenemos en esta frase que nos habla de la cooperación singular de María a la acción del Espíritu Santo. Todos tenemos, cada uno tiene un puesto muy especial que Dios ha pensado para él, todos somos únicos e irrepetibles, Dios tiene un plan y un proyecto para cada uno de nosotros, no estamos hechos en serie sino que Dios ha pensado en nosotros de una manera singular. Si esto cabe decirlo de todos, imagínense que cabe decir de una manera muy especial de la Virgen María, tiene una cooperación singular en la obra de Dios, Dios le ha dado a ella un puesto muy especial.

Para entenderlo, se nos remite al punto 970:

970 "La misión maternal de María para con los hombres de ninguna manera disminuye o hace sombra a la única mediación de Cristo, sino que manifiesta su eficacia. En efecto, todo el influjo de la Santísima Virgen en la salvación de los hombres [...] brota de la sobreabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, depende totalmente de ella y de ella saca toda su eficacia" (LG 60). "Ninguna criatura puede ser puesta nunca en el mismo orden con el Verbo encarnado y Redentor. Pero, así como en el sacerdocio de Cristo participan de diversas maneras tanto los ministros como el pueblo fiel, y así como la única bondad de Dios se difunde realmente en las criaturas de distintas maneras, así también la única mediación del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas una colaboración diversa que participa de la única fuente" (LG 62).

Esto es una afirmación que, de una u otra manera, a lo largo de la explicación del catecismo, ha salido de distintas formas. Puede ocurrir que, como Dios lleva a cabo su plan de salvación, algunas personas de que Dios lleva adelante su plan de salvación, subrayando la acción de Dios, y les parece que en la medida en que nosotros estamos menos presentes, la acción de Dios es más suya, sería como decir que, para que algo quede claro que es una gracia de Dios pues ahí no hay una intervención humana, los hombres no han participado para nada, sino, es obra de Dios. Sería una forma de subrayar la iniciativa de Dios en la historia de la salvación que, ciertamente, no es el estilo católico. El estilo católico, más bien, es el que viene a decir: la forma en la que nosotros subrayamos que es Dios el que lleva adelante la historia de la salvación es el de decir: **qué grande es Dios que nos incorpora a su obra de salvación, que grande es Dios que el suscita también colaboradores en su obra de salvación.** Y el hecho de que él nos haya introducido a nosotros en su obra de salvación, eso no le hace sombra a él, no le resta sino que le suma. **El único mediador es Cristo.** Pero, el hecho de que a María y a todos los santos, pero, a ella de una manera muy singular la haya asociado al plan de salvación, eso todavía, lo que hace es destacar más esa obra de salvación de Dios. **La obra de María brota de la sobreabundancia de Cristo y saca de ella su eficacia.**

Por eso, digamos que María, no solo recibe de Dios plenamente la salvación, es la criatura más abierta a recibir la salvación de Dios, es como una esponja, totalmente receptiva, para recibir el don de Dios. Pero, además de recibir, de una manera pasiva, distribuye, o sea, Dios la hace, dicho de otra manera, es el **misterio de la Corredención.** Solamente Cristo es Redentor del ser humano, solamente él es el mediador del género humano pero, precisamente de su sobreabundancia, quiere darnos a nosotros el don de participar también de su Redención, también de su Mediación y, nos convierte en mediadores, nos convierte en Corredentores, etc. Esto es lo que aquí se quiere destacar cuando se habla de la cooperación singular de María, que no le resta nada a Jesucristo **¿Qué va a restarle?** Frente a ese cierto pudor de pensar que María, que nuestra piedad Mariana le vaya a quitar a Jesucristo la centralidad, frente a ese falso pudor, aquí lo que el catecismo nos recuerda es todo lo contrario, todavía está ensalzando más el don de Jesucristo que nos hace partícipes de su Redención para que no la recibamos de una manera

meramente pasiva. Bueno, la prueba está en el ministerio Apostólico, el hecho de que el haya querido que su gracia, la gracia de Cristo, también se distribuya a través del ministerio Apostólico, del ministerio sacerdotal, que nos hace otro Cristo para la vida del mundo, pues, algo así, dentro de esa misma lógica de la cooperación singular, María también tuvo una cooperación muy singular con el Espíritu Santo. Esta es la primera afirmación.

Luego sigue: **...las Iglesias han desarrollado la oración a la santa Madre de Dios, centrándola sobre la persona de Cristo manifestada en sus misterios...**

Para que nos demos cuenta de cómo nuestra devoción a la Virgen María no es descentrarse de Cristo, aquí se recuerda como, en la Tradición de la Iglesia, la oración a María la hemos hecho de una manera..

Por ejemplo: fijémonos en el Rosario, que es la oración de occidente, yo diría en los últimos siglos especialmente la oración Mariana por excelencia. Fijémonos en el Rosario, como el Rosario no nos descentra de Jesucristo sino todo lo contrario; es como servirnos de María para mirar desde ella la mirada de Jesucristo, mirar desde los ojos de María la vida de Cristo, es rememorarla y verla desde su perspectiva mucho más cercana. No mirar desde lejos sino, desde María hacer un repaso la vida de Jesucristo. Por ejemplo, **los misterios gozosos**, recordamos con María la **Encarnación, la visitación de María a Isabel, el nacimiento de Cristo en Belén, la presentación en el templo, el episodio de Jesús perdido y hallado en el templo**. Esto es muy importante! Fíjense que María es como decir: **le acompaño a ella y ella me acompaña a mí y, si no te acuerdas de como Jesús se perdió en el templo te acuerdas aquel apuro que pasamos, te acuerdas de aquella visita a Isabel, etc.** Es ver desde los ojos de María la vida de Jesús. Es como un caminar para atrás desde los ojos de María.

O, lo mismo, los misterios dolorosos: **Jesús en el huerto, la flagelación, la coronación de espinas, Jesús con la cruz auestas camino al calvario, la crucifixión de Jesús**, visto con los ojos de María que nos ayuda a centrarnos más en Jesucristo y a entender su misterio a la luz de Pentecostés, a la luz del Espíritu Santo. Es que uno necesita entender las cosas de una manera retrospectiva. Por ejemplo: los discípulos de Emaús, recuerden como ese episodio cuando se encuentran con Jesús, él les está rememorando, no sé si cuenta que todo esto tenía que suceder, que todo eso estaba escrito en los profetas, y es caer en cuenta de esos acontecimientos que uno los había percibido como situaciones desgraciadas y que formaban parte de la historia de la salvación. O sea, hace falta un tiempo de asentamiento para entender el misterio de Cristo, para meditarlo, para rumiarlo, algo parecido que le ocurrió a la propia María:

“María meditaba todas estas cosas y las rumiaba en su corazón”

María rumiaba en su corazón lo que había acontecido con Jesús; se pierde en el templo, lo encuentran y les dice esa palabra misteriosa: **¿no sabías que yo tenía que estar en la casa de mi Padre?** Verdaderamente, en esta situación, María también sale de esta situación rumiando, meditando en su corazón. Fíjense lo que significa la palabra rumiar o meditar: los animales rumiantes comen una gran cantidad de alimento que no pueden digerir inmediatamente todo, pasan a su estómago sin haber tenido la capacidad de asimilarla y, después, cuando están descansando, van poco a poco rumiando lo que han comido, algo así ocurre en lo que es nuestra capacidad de recibir los misterios de Dios.

En nuestra vida podemos estar recibiendo una sobreabundancia de Palabra de Dios que se nos predica, que no tenemos la capacidad de asimilarla o, hay acontecimientos en la vida que los vemos pero hay veces que no tenemos la capacidad verlos a la luz de la Fe plenamente y, hay un segundo momento en la que posteriormente, a la luz del Espíritu Santo y en compañía de María y desde los ojos de María, vamos entendiendo las cosas, vamos viendo como la mano de Dios ha estado en todo y vamos dejando que Dios deje su huella y extraiga las consecuencias de todo lo acontecido: esta es la oración a María que dice este punto del catecismo que, vamos comprendiendo la vida de Cristo, los episodios de la vida de Cristo, incluso yo añadiría algo más, vamos comprendiendo los acontecimientos de nuestra propia vida, poco a posteriori, asistidos por la luz del Espíritu Santo y, mirándolos desde los ojos de la Virgen María. Así ha sido la oración,

como son también los misterios gloriosos o luminosos, meditar la vida de Cristo desde los ojos de María.

En algunas tradiciones, también esto se ha hecho, se le ha dicho de la siguiente manera: igual que el Vía Crucis es hacer el camino hacia el calvario, luego también existe un retorno del Vía Crucis acompañados de la Virgen María y, retornamos desde el Calvario e ir viendo desde María: aquí aconteció tal cosa, aquí aconteció el encuentro con las mujeres, aquí aconteció el encuentro con la verónica, aquí aconteció ese momento en el que Jesús fue ayudado a llevar la cruz, aquí aconteció... y es un retorno del monte Calvario e ir marcha atrás, acompañados de María, viéndolo todo y rumiándolo todo en compañía de ella. Así ha sido también la oración a María que nos está centrando en el misterio de Jesús, como ocurre en el Santo Rosario, vemos claramente que nos está centrando en Cristo, desde los ojos de María.

...En los innumerables himnos y antífonas que expresan esta oración, se alternan habitualmente dos movimientos: uno “engrandece” al Señor por las “maravillas” que ha hecho en su humilde esclava, y por medio de ella, en todos los seres humanos (cf Lc 1, 46-55); el segundo confía a la Madre de Jesús las súplicas y alabanzas de los hijos de Dios, ya que ella conoce ahora la humanidad que en ella ha sido desposada por el Hijo de Dios.

Por lo tanto, la oración a María tiene principalmente dos movimientos, dos formas, dos matices que son complementarias:

- El primero, que está más dirigido a Dios mismo. Más que una oración a María, es orar con María a Dios. Es el primer tipo de oración Mariana: con María oro a Dios. Engrandecer a Dios porque ha hecho en María y través de María su obra de salvación, engrandecer a Dios por lo que ha hecho en él, engrandecer a Dios por todos los dones que nos ha dado a través de ella.
- El segundo es dirigido, más explícitamente, a ella. Ya no es orar con María a Dios sino, orar directamente a Ella. Es confiarle a ella las súplicas, necesidades, en virtud de que ella es conocedora de una posición privilegiada estando junto a Dios, estando cerca de Dios tiene una posición privilegiada para conocer nuestras necesidades, luego, recurrimos a ella para poner en sus manos nuestras necesidades porque ella los va a introducir y las va a presentar delante de Dios.

Ese Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores... es caer en cuenta de esa posición privilegiada que tenía ella, por ejemplo en las bodas de Caná que, parece que no estaba pero sí estaba y estaba atenta a todo y se dio cuenta de que allí les faltaba vino y María, en esa posición singular que Dios le había dado, una atención muy especial a captar nuestras necesidades; Dios la ha puesto allí: ahí tienes a tu hijo, cuida de él.

Vamos a hablar del primero: ...uno “engrandece” al Señor por las “maravillas” que ha hecho en su humilde esclava, y por medio de ella, en todos los seres humanos (cf Lc 1, 46 - 55)

Aquí, como se pueden imaginar, tenemos un modelo de oración que es el del Magníficat

“Por entonces María tomó su decisión y se fue, sin más demora, a una ciudad ubicada en los cerros de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Al oír Isabel su saludo, el niño dio saltos en su vientre. Isabel se llenó del Espíritu Santo y exclamó en alta voz: «¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!; ¿Cómo he merecido yo que venga a mí la madre de mi Señor? Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de alegría en mis entrañas. ¡Dichosa tú por haber creído que se cumplirían las promesas del Señor!» María dijo entonces:

**Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.**

**Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:**

**su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.**

**El hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.**

**Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre.**

María permaneció con Isabel unos tres meses y se volvió a su casa”

Lc 1, 39 - 55

Aquí tenemos el primer modelo de oración, el modelo máximo de oración, la oración que se dirige a Dios, que engrandece a Dios por medio de María, por la obra que Dios ha hecho en ella. Es decir que, el encuentro con Isabel ha sido ocasión de que conozcamos como era la oración de María, no tenemos otro pasaje del Evangelio que sepamos como rezaba ella, y esto, como se pueden imaginar, es un pasaje que nosotros guardamos como oro y paño porque aquí se ha revelado el corazón de la Virgen María, de cómo oraba ella. En nombre de todo el pueblo María da gracias al Señor por ella misma y por el cumplimiento de las promesas de la alianza.

Bueno, primero, caer en cuenta que María abre su corazón, o sea, nos descubre como reza ella cuando se encuentra con otra mujer que es Isabel, que también pertenecía a esos pobres de Yahvé cuyo único refugio era la invocación de Dios. Quiere decir con esto que María abre su corazón porque se ha encontrado con otro que abre su corazón a Dios. Cuando dos almas de oración se encuentran, se entienden perfectamente desde el primer instante porque están empapadas del mismo Espíritu Santo, y hay una química entre ellos muy especial. Esto es importante decirlo, algunos oyentes seguro que estarán diciendo: **es verdad!** Porque cuando te encuentras con una persona que tiene la experiencia de oración que también tu que también estas intentado caminar en ella, nos entendemos desde el primer instante, algo así ocurre entre María e Isabel, a través de un sencillo saludo se establece como esa especie de contrato vivo por el Espíritu Santo. Es, incluso, escuchar esa voz y el niño ya está saltando de alegría en su vientre; cuando un hombre lleva a Jesús vivo dentro de su corazón, santifica todo lo que toca, es una capacidad de irradiación la que tiene, también esto lo estamos viendo entre María y su prima Isabel.

Y curiosamente la Virgen, ante su prima Isabel, lo que hace básicamente es repetir lo que ella ha recibido del ángel; esta, como de una manera, repitiendo el saludo de Dios que había recibido en Nazaret.

...Al oír Isabel su saludo, el niño dio saltos en su vientre. Isabel se llenó del Espíritu Santo...

Fíjense, que similitud tan grande porque, en la Anunciación a María, que esta unos versículos antes, dice:

...El Ángel se presentó a María y ella quedo llena del Espíritu Santo...

En el fondo, cuando nosotros estamos llenados por Dios, nos encontramos con los demás, inevitablemente, si Dios está presente en nuestra vida, nosotros acabamos siendo presencia de Dios ante los demás. **NADIE DA LO QUE NO TIENE.** Y al revés, cuando alguien está lleno de Dios, no puede dar otra cosa. Y algo de esto le pasa a María en su encuentro con Isabel, que ella estaba llena del Espíritu Santo y, lógicamente, irradió el Espíritu Santo ante Isabel. Es toda una clave para entender este encuentro y esta oración.

Estar exultantes las dos en este encuentro, hay una exultación en el Espíritu Santo, dice: **toda oración de alabanza y de bendición brota de lo más profundo del corazón.** Por eso, ese pasaje que he leído, el cual Isabel esta exultante, a mí me recuerda, ese otro pasaje cuando dice: **¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Cómo he merecido yo que venga a mí la madre de mi Señor?**, esto lo dice porque está llena del Espíritu Santo; a mí me recuerda este pasaje a la que está en Lucas:

"En ese momento Jesús se llenó del gozo del Espíritu Santo y dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has dado a conocer a los pequeñitos. Sí, Padre, pues tal ha sido tu voluntad" Lucas 10, 21

Algo así, ocurre aquí, igual que Isabel está llena del Espíritu Santo y confiesa, hay como una especie de oración en la que ya no habla uno mismo sino que, está es el Espíritu Santo el que está llenando de gozo a los que están allí presentes. Bien pues, hasta tal punto es así que aquí se insiste en que a María le dicen a voz en grito: **¡Bendita tú eres entre las mujeres!** Esa voz en grito es la exultación de alegría, que la oración no nace de una reflexión fría, sino que la oración está naciendo de un corazón que vibra: vibra de dolor, vibra de alegría. **La oración es vital,** y comporta no únicamente calentar la cabeza sino que es mover los corazones y mover las vidas. Por eso dice: **dijo a voz en grito.**

A veces nuestra oración suele ser muy plana, muy teórica, y a quien no aprende a rezar con la vida entera, a conmoverse, a emocionarse. Por eso, es importante esta escuela de oración que recibimos de este encuentro de María y de su prima Isabel. Isabel refleja la primera bendición pronunciada sobre María, y es como una escuela de todas las bendiciones que nosotros, después, hemos pronunciado en el Avemaria: **¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!** Esa bendición de Isabel a María, en el fondo es, una bendición semejante a la del Ángel Gabriel, esa bendición la llevamos prolongando durante 2000 años en esta historia de oración que hace la Iglesia. Al bendecir a Dios las delicadezas que ha tenido con María, bendecimos al mismo tiempo a la Virgen María, y comprendemos que María es el prototipo de una humanidad colmada de bendiciones y capaz de bendición.

Por lo tanto, en esta escuela de la Virgen María, el Espíritu Santo nos educa en la Bendición. Estamos educándonos en como Bendecir a Dios gracias a la Virgen María. Esta oración del Magnificat, para nosotros, es una joya que tenemos que rezarla con profundidad y hacer de ella una escuela de oración, porque sabemos que es la única oración que María pronuncio y para nosotros es muy importante verla con detenimiento como oraba María, que papel ocupaba Dios en su vida, qué importancia le daba ella a los pobres, a la vida de sufrimiento. Todas estas cuestiones quedan reflejadas en esa oración de la Virgen María. Ella sabe quién es y que todo se lo debe a la bondad de Dios, si ella es grande es porque el creador así lo ha querido, siente por él todo el amor que puede sentir una mujer por su esposo, comprende al mismo tiempo que él es el poderoso, el santo, el que tiene infinita misericordia. Se toma a Dios plenamente en serio, es el centro de su corazón, él es el dueño de su vida, de su historia, él puede colmar de bienes a los

hambrientos, lo sabe ella por propia experiencia, y deja a los ricos sin nada. Claro! Es muy importante esta oración.

Además, hay una palabra clave que se repite en esta oración: **HUMILDAD**, la humillación de su sierva. Esta es la virtud característica de la Virgen María, y es una auténtica enseñanza porque la **HUMILDAD CRISTIANA** no consiste en considerarse poca cosa sino es saber que lo que somos está unido a la grandeza de Dios que lo puede todo. La humildad no es negar los dones que tenemos sino reconocer a Dios como el autor de todos ellos, por eso, la clave de esta oración está en la primera expresión: **engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador.**

Curiosamente, Isabel ha sido ocasión de que María caiga en cuenta de los dones que ella tiene, María no le dice a Isabel: **no, no me digas esas cosas que me ruborizo**, cuando Isabel hace esa introducción en la que está exaltando: **¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Cómo he merecido yo que venga a mí la madre de mi Señor?** No ha sido esa negación de esas alabanzas que Isabel había pronunciado, es más, posiblemente, aunque María sea consciente de eso, el hecho de que Isabel se lo diga le ayuda a caer en cuenta de estos dones. A veces, también, a nosotros nos ocurre que necesitamos que alguien nos diga las cosas para que caigamos en cuenta de los dones que Dios nos ha dado; eso, al veces le pasa a un sacerdote, cuando alguien le está recordando que es un ministro de Dios y eso le ayuda a caer en cuenta. María, en vez de negarlo, despierta en ella una confesión de Fe lo que Isabel está diciendo; María ha percibido que **todas las generaciones le van a profesar un gran amor** y ella bendice a Dios y ensalza a Dios por tal cosa; María puede escuchar la alabanza de la humanidad, pues sabe lo que ha hecho en ella, y eso no es para ella motivo de vanidad, porque ella es como un cristal purísimo que devuelve los rayos del sol sin apropiárselos. Humilde es aquel que es capaz de recibir las alabanzas sin apropiarse de ellas sino devolviéndoselas a Dios, sin embargo, vanidosos son los que cuando recibimos alabanzas de alguna manera sabemos que nos estamos quedando con ellas, que nos estamos apropiando de ellas.

María no tiene necesidad de cerrar los ojos para no ver lo que ha hecho Dios con ella y así no sentir vanidad ni nada por el estilo. Cuanto más claramente ve María lo que sucede, mejor conoce que todo es obra de Dios. O sea que, yo creo que aquí María nos está enseñando cual es la verdadera Humildad y cuál es la falsa humildad.

Ella dice: **porque ha mirado la humillación de su esclava, ha puesto en mí su mirada.** Y esto es la oración, caer en cuenta de que Dios ha puesto en nosotros su mirada, la oración empieza en el momento en que tenemos esta experiencia concreta, y no en teoría, sino que uno tiene la experiencia concreta de que Dios ha puesto su mirada en cada uno de nosotros.

Por cierto que San Agustín, cuando comenta el episodio de los dos ladrones que están junto a Jesús, pone en los labios del buen ladrón esta palabra:

“me ha mirado, y en su mirada lo he comprendido todo”

El buen ladrón dice: **la clave está en que Jesús me ha mirado**, el buen ladrón ha caído en cuenta de lo que es ser mirado por Dios y esa mirada le ha cambiado la vida. Pues, si esto pudo decir el buen ladrón, que no pudo decir María, **porque ha mirado la humillación de su sierva.**

El único remedio para descubrir nuestra vocación, para vencer nuestras soledades es experimentar que Dios nos ha mirado, y nos mira de una manera singular. Aquello que dijo Jesús en el evangelio:

“vengan a mí todos los que están cansados y agobiados que yo los aliviare”

Es lo mismo, es dejarse mirar por Dios. Todos tenemos necesidad de refugio y nuestro autentico refugio es dejarse mirar por Dios, dejar que, de esa manera, tu sabiéndote conocido y amado por él, **pues yo no huyo**, porque alguien que no se deja mirar por Dios es huir, y huir para adelante, NO! El cristiano, lo que hace, es buscar en Dios su refugio: **Dios me conoce, Dios me ama, en sus manos me pongo, porque ha mirado la humillación de su esclava.**

Dice así, **por eso desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: Santo es su nombre.** Hasta ahora, si en la primera parte de esta oración ella se ha fijado en los dones que Dios le ha hecho a ella gratuitamente, ahora, en esta parte del Magnificat, ella va más allá de lo que Dios ha hecho en ella, franquea este horizonte y pasa del recipiente de los dones de Dios al tablón de los dones. Si Dios ha hecho esta obra en nosotros que somos pobres criaturas **¿cómo será Dios?** Y es adentrarse en lo que **ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre llevo a comprender.** Es decir, ella adivina el rostro de Dios, el rostro del omnipotente, viendo como son las obras de Dios da un salto. **Santo es su nombre**, porque aquí se está haciendo referencia a esa sensibilidad religiosa que tienen los judíos, en el Antiguo Testamento, que no pronuncian el nombre de Dios porque sería una falta de respeto, entonces, hablan del nombre de Dios sin pronunciarlo porque hablan de esa trascendencia de Dios: **tú que estas más allá de todo nombre, tu que eres, de alguna manera, el impronunciable**, por eso dice ella: **su nombre es Santo.**

Pero, sin embargo, Dios es el incognoscible, es el que el Antiguo Testamento dice que: **el que le viese moriría porque nadie puede ver a Dios y quedar vivo**, ese Dios que es inalcanzable, en la Virgen María quiere levantar su velo o, quiere ir poco a poco ir haciéndose visible. María también recibe esa capacidad de conocer más de cerca el misterio de Dios y ser más familiar a él. Podemos decir que, en la Encarnación, en la Anunciación, hay un descubrimiento, Dios descubre el velo y por otra parte está velando la divinidad de Dios, la divinidad de Dios esta velada en la humanidad de Jesucristo: **vela su gloria en la humanidad pero, al mismo tiempo, la humanidad está como acercándonos la gloria de Dios que era inalcanzable.** O sea que, vemos en esta parte del Magnificat, María se remite a la santidad de Dios que es inalcanzable para el hombre pero que, por otra parte, precisamente a través de ella que se ha hecho alcanzable que nunca, nunca Dios ha estado tan cerca de nosotros como en María: **ha estado dentro de ella, nunca ha estado a mano del hombre.**

Y, aquí se insiste mucho, en esta oración del Magnificat, después de haber ensalzado la trascendencia de Dios en que Dios exalta a los humildes, la razón última de la HUMILDAD esta en esto que hemos dicho: **Santo es su nombre.** Cuando un hombre ha descubierto que Dios es Dios, que él es todo, pues entonces el confiesa inmediatamente su nada, cuando un hombre entra en la intimidad con Dios, no le hace falta que nadie le predique la HUMILDAD, es que la experiencia de la grandeza de Dios a ella le pone inmediatamente en su sitio, sabe de su pequeñez. El efecto del amor de Dios, de la experiencia de la grandeza de Dios es la humildad del hombre, la humillación del hombre. **Es la fascinación de Dios lo que le hace a la Virgen María Humilde.** Precisamente, si nosotros no somos Humildes es porque no tenemos la experiencia de la grandeza de Dios, de la adoración de Dios, porque no somos capaces de decir: **Santo es su nombre**, y entonces, lógicamente, somos vanidosos.

O sea que, insisto, la Humildad no es una especie de descontento de nosotros mismos, ni siquiera la confesión de nuestra miseria, en el fondo, la Humildad supone mirarle a Dios antes que a nosotros mismos. La Humildad nace de tener una fuerte experiencia de Dios que hace que nosotros ya estemos colocados frente a Dios como la criatura ante el creador y no más. Lo que nosotros, por Humildad, entendemos como si fuese un complejo de interioridad: **ay, qué persona tan Humilde**, como que tan humilde si, lo que pasa es que es un acomplejado. La humildad no es un complejo de interioridad sino todo lo contrario.

El día en que veamos a Dios cara a cara entonces seremos verdaderamente Humildes, hasta entonces, la única manera de ser Humildes es teniendo una relación con Dios de intimidad, en la que la experiencia de su amor y su grandeza nos sana para percibir la verdadera Humildad.

Avanzando un poco más en esta oración del Magnificat, sin necesidad de ir comentando todo, me quiero fijar en esta expresión que dice: **a los hambrientos los colma de bienes**. Es decir, existe un parentesco muy grande entre el Humilde y el Hambriento **¿en que se parece el Humilde y el Hambriento?** Se parecen en que los dos no tienen el centro en sí mismos sino que lo tienen en otro: el Hambriento está pensando en quien le da de comer y el Humilde es aquel que está centrado en Dios y conoce su grandeza. Es decir, la referencia al otro es el fundamento de la felicidad de los hombres, de los Humildes y de los Hambrientos. Por eso dice que **Dios humilla a los poderosos y da su poder salvador a los que se saben Humildes y a los Hambrientos**, por eso el evangelio dice: **Bienaventurados los pobres y ay de ustedes los ricos, porque ya están saciados**.

Aquí, la oración del Magnificat, que es una auténtica escuela de oración por parte de María, nos está invitando a ser Hambrientos, a estar Hambrientos de los dones de Dios. Lo más contrario al espíritu de la oración es el alma que se cree satisfecha de sí misma, que no tiene Hambre ni Sed de Dios. Una de las desgracias mayores que le puede ocurrir al hombre moderno es, el hecho de que el bienestar, el que tiene buena salud, el que tenga cierto bienestar, el que tenga sus necesidades más apremiantes las tenga ya todas cumplidas, el hecho de que eso le quite estar con Dios ¡eso es una desgracia! Que poca somos que alguien eso le pueda quitar el horizonte de la necesidad que tiene de Dios: **¡pero qué tontería, que poca cosa somos!** Pues, eso ocurre, hay tantas personas que, como tienen satisfechas todas sus necesidades inmediatas, como tienen para comer, como tienen la cuenta corriente de dinero, como se sienten seguros, como tienen seguridad social, eso acaba volviéndose una tentación por la que pierden su hambre y su sed de Dios, es una tentación de la que tenemos que huir, como de la peste.

Hay que decir que, el hombre ante Dios siempre es un mendigo, y que tenemos que educarnos en suscitar hambre y sed de Dios en nuestras vidas, sin engañarnos con sucedáneos, sin pretender que tres o cuatro pequeñeces estén como pretender colmar el horizonte de nuestra vida. Por eso, la oración del Magnificat quiere suscitar en nosotros el que nos consideremos **pobres de Yahvé: a los pobres los colmó de bienes y a los ricos los despidió vacíos**. María, en esa manera de dirigirse a Dios, quiere hacer de nosotros pobres de Yahvé, y un pobre de Yahvé es aquel que lo espera todo de Dios y sabe que solo en él tiene su felicidad.

Por lo tanto, esta escuela de oración que hace María nos enseña a rezar en voz alta, está pidiendo para nosotros ese don que ya experimento en su vida: que Dios es nuestro todo y que solo en él puede ver colmadas sus expectativas de felicidad. Engrandecemos, pues, a Dios por lo que ha hecho en la Virgen María y por lo que, a través de ella, ha hecho en toda la humanidad.

Ahora vamos a entrar a un comentario muy práctico del Avemaría. El catecismo lo hace de una manera muy somera porque donde se extiende es en el comentario al Padre Nuestro. Es verdad que el comentario al Padre Nuestro tiene una gran Tradición en la Historia de la Iglesia, muchos Padres de la Iglesia (me refiero a la Patrología: a los autores de los primeros siglos) escribieron tratados de comentarios del Padre Nuestro.

No hay tanta bibliografía, tantas obras de comentarios sobre el Avemaría porque la oración del Avemaría, tal como la conocemos, es mucho más reciente aunque tiene partes que son totalmente bíblicas pero, claro! Los Padres de la Iglesia no conocieron el Avemaría como nosotros la conocemos ahora completada. Por lo tanto, no existen esas obras de la Patrología como si existen obras de comentarios del Padre Nuestro.

Pero el catecismo si hace, aunque brevemente, el comentario al Avemaría porque, qué bueno es que tengamos ahora la ocasión de decir: **eso que tantas veces pronuncio en mis labios, esas palabras que salen con mayor o menor conciencia**. Hace poco una oyente, en una llamada,

preguntaba: yo cuando rezo el Rosario, que es mejor ¿qué me fije, que piense mentalmente en los misterios que estamos recordando? Por ejemplo la anunciación, el nacimiento de Jesús en Belén o la Resurrección de Cristo o, mejor ¿que mantenga mi atención en el significado de las palabras mismas que yo estoy pronunciando? Y recuerdo que yo le contestaba: las dos cosas, hay tiempo y hay ocasión para las dos cosas. Hay momentos para pensar en los misterios de la vida de Jesús que se están recordando en el Rosario pero, también es bueno que a veces nos centremos en que significa esta palabra que mis labios pronuncian.